

**CONTESTACION AL DISCURSO DE
CESAR GONZALEZ MINGUEZ**

Santiago Francia Lorenzo

Aún no se ha cumplido el mes desde que este Salón fuera testigo de la investidura como Académico de Número de la Institución Tello Téllez de Meneses al prestigioso historiador P. Manuel Revuelta, cuando ha vuelto a vestirse de gala para recibir a otro maestro de la Historia: el profesor César González Mínguez. Entonces la historia contemporánea, ahora la historia medieval, para que desde la atalaya de la Institución el saber histórico y la luz de nuestro pasado siga iluminando la andadura de este pueblo, porción entrañable de la recia y fecunda Castilla, por los caminos de su identidad hacia metas de prosperidad y grandeza.

A aquella criatura de 4 y 6 años a quien su madre Felisa llevaba de la mano al colegio de La Milagrosa radicado en la Plaza de Cervantes; el colegial que de los 7 a los 9 —cabás en mano— acudía a la escuela Sindicatos Católicos para iniciar su andadura por el camino de los saberes bajo la batuta certera de tan celebrados maestros como don Justo, don José Triana, doña Elena Izquierdo y con Isaac; el espabilado rapaz que a los nueve años comienza su bachillerato en el ya histórico Instituto Jorge Manrique cosechando cada año notables y sobresalientes merced a su tesón; el pícaro jovencito que al terminar su carrera de Magisterio quiere probar la entereza de su padre Juan dándole la noticia de haber sufrido una verdadera catástrofe en los exámenes para —a renglón seguido— mostrarle las brillantes calificaciones obtenidas en el último curso; es ahora el serio y profundo investigador de temas medievales, ilustre profesor y catedrático de Historia Medieval en la Universidad del País Vasco con sede en Vitoria.

El “currículum” de César González Mínguez pesa casi doscientos gramos en papel tamaño holandesa. Verdaderamente abrumador. Y porque el júbilo de este acto no debe verse empañado con latas importunas lo dejamos para que los historiadores del último cuarto del siglo XXI, puedan desgranarlo al hacer la historiografía del mismo período del siglo XX y primer cuarto del siglo venidero. Títulos, becas, oposiciones, congresos, méritos docentes, conferencias, libros, artículos, premios etc. pueden servir en ocasiones —y asta es una— para medir la talla intelectual de la persona y su prestigio en el ámbito de la ciencia.

Conocí a César en el año 1971, recién terminada su licenciatura en la Facultad de Filosofía y Letras (Sección de Historia) en la Universidad de

Valladolid. Acababa de recibir el Premio Extraordinario de licenciatura y preparaba su tesis doctoral bajo la mirada atenta de ese maestro de Historia que es el emérito profesor y catedrático don Luis Suárez Fernández de quien supe la especial estima que profesaba a su discípulo. Desde entonces —así lo creo y puedo asegurarlo— nos hemos distinguido con una mutua y leal amistad. Mi personal ofrecimiento para intervenir en este acto quiero que sirva como refrendo de la cordialidad que siempre ha presidido nuestros escasos pero gozosos encuentros. En el seno ahora de esta —tan palentina como evocadora— Institución a la que accedes, no dudo que podremos reforzar esos lazos que se abrieron en tu plena y mi madura juventud hace ya veinte años. El amor común por la historia y las cosas de esta tierra, el apoyo de la Institución bajo el mecenazgo de la Excma. Diputación Provincial, nos permitirá —unidos a los demás ilustres académicos— hacer singladuras nuevas en la rica historia de nuestro pueblo.

En el discurso que acabamos de escuchar se ha hecho mención de la historiografía palentina de ayer y de hoy. Los Congresos de Historia de Palencia celebrados en los últimos años, la asidua publicación de la Revista de la Institución, la convocatoria de premios de investigación a diversos niveles por parte de la Diputación Provincial han aumentado sensiblemente la historiografía palentina, también la Medieval. No caben aquí los nombres de tantos; pero sí el de uno que está en la memoria de todos: mi antecesor en el cargo de Archivero Capitular, el M. I. Sr. D. Jesús San Martín Payo “que Dios aya”, como apostillan con tan reiterada frecuencia los documentos medievales.

Accedes a la Institución abriendo surcos para que otros siembren como tú mismo has hecho en la parcela de los tejedores palentinos de la Edad Media con tu brillante disertación. Quienes estamos en permanente contacto con la documentación de entonces y después conocemos muchas sernas sin cultivar o apenas roturadas. Para los tejedores palentinos a fines de la Edad Media, te brindo una excursión por las Actas Capitulares del siglo XV, por no cansarte en la exploración de otra no menos valiosa documentación. Gentes del oficio que aparecen en las Actas Municipales volverás a encontrarlas acanto a un poderoso canónigo o a las puertas de la Audiencia Episcopal.

Tejedores, alfayates, jubeteros, sastres, tundidores, tintores, cordeleros... pelean, al igual que las gentes de otros oficios por colocar sus nombres en las listas de *excusados* que sus señorías los canónigos cerraban el día de Santa Catalina, 25 de noviembre de cada año y luego colocaban a las puertas del concejo para que éste y el pueblo entero tuviera conocimiento de sus privilegios fiscales. Para entretenimiento de todos os presento a los del gremio que fueron designados como *excusados* en el año 1460:

—Juan de Grijota, *tejedor*, elegido por el abad de Hérmedes.

—Juan, hijo de Rui Fernández, *tundidor* designado por el canónigo Lázaro Martínez.

- Andrés de Sant Fagund, *tejedor*, por el canónigo Andrés González de Ureña.
- Juan de Medina, *tundidor*, por el canónigo Juan Martínez de Avila.
- Juan de Saldaña, *sastre*, excusado del canónigo Alonso de Madrid.
- Pedro Sánchez de Carrión, *jubetero* por el canónigo Fernández González de Palenzuela.
- La mujer de Pedro Sánchez, *tintor*, “que Dios aya”, elegida por Alonso Sánchez.
- Pedro de Aguilar, *sastre*, designado por el canónigo Diego de Tamayo.

En sus barrios que son los nuestros, desde sus gremios que desaparecieron para evolucionar en formas nuevas, con su trabajo, cabe el concejo y las iglesias, entre gozos y alegrías, para la lucha por la supervivencia, el progreso y la salvación de sus almas, estos hombres, estas circunstancias, estos tiempos son eslabones que enlazan con nuestro azaroso tiempo presente, tan agitado y tan distinto.

Es necesario poner coto a los sentimientos y también término a esta intervención. Amigo César: has hablado de paños y pañeros. “El buen paño en el arca se vende” dice el refrán castellano. En mi tierra valdaviésa el dicho popular hacía referencia a las mozas que tenían “quorum y cum quibus”, es decir, bonitas y adineradas y que no necesitaban del pendoneo para poder encontrar un buen partido. Si a aquellas dotes añadían el recato, habría colas de pretendientes a buscar el paño en el arca. Pues bien. Ha querido la Institución que una parte de tu buen paño, de tu sabiduría y ciencia de la historia lo pongas en nuestra casa. Que no somos los castellanos exclusivistas ni cicateros. Como resulta lógico una buena parte de tu trabajo de investigación ha versado sobre la historia y las instituciones alavesas. Te felicitamos por los buenos oficios de embajador de estas tierras palentinas en el País Vasco. Te felicitamos —y también a los tuyos— por tu brillante discurso de investidura como Académico Numerario de la Institución. Tribunales mucho más ilustres que éstas has ocupado en tu todavía joven andadura; pero pocas con resonancias tan emotivas.

En nombre de todos los compañeros de la Institución Tello Téllez de Mene-
ses te brindo nuestra cordial bienvenida.